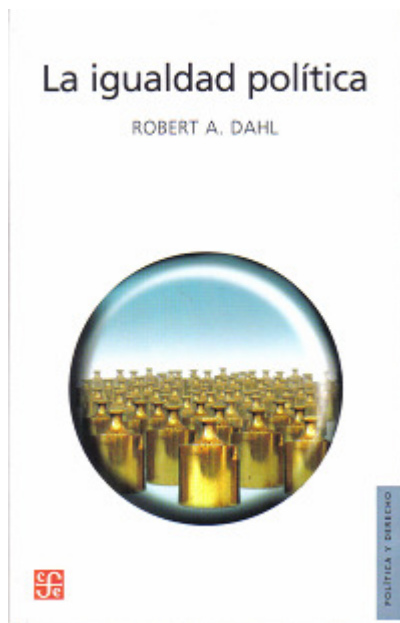


DAHL, Robert, *La igualdad política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008, 132 páginas, ISBN 9789505577378.

Emiliano Camino
 Universidad Nacional de Entre Ríos



Este texto de Robert Dahl, que fue editado por primera vez en inglés en 2006, versa sobre uno de los tópicos recurrentes de la tradición de discurso de la Ciencia Política y le da nombre a la obra: la Igualdad Política.

La premisa fundamental que hilvana las ideas de Dahl es que, en efecto, desde finales del siglo XVIII la democracia y la igualdad política han avanzado en todo el mundo, constituyendo una de las transformaciones más relevantes en la Historia de la Humanidad, pero que, aún cuando este fenómeno sea evidente, existen ciertos aspectos básicos de la condición humana que socavan el ideal de alcanzarlas por completo. Todo el recorrido de *La Igualdad Política* estará marcado por los intentos del autor por mostrar cuáles son los obstáculos que se le presentan a este ideal democrático, y las posibles maneras de resolverlos, teniendo siempre presente que su consecución representa algo no sólo conveniente sino deseable para nuestras sociedades.

La igualdad política pasó de ser un derecho que ponía en riesgo la estabilidad y la armonía sociales a ser vista como algo constitutivo de nuestra vida en sociedad. Una simple

observación sobre la cantidad de países en los que se ha aumentado el número de adultos en condiciones de ejercer su ciudadanía durante todo el siglo XX nos lo rectificaría. Pero ¿además de esto, qué otros factores nos sugiere el autor para poder hablar de Igualdad Política en todo su sentido? La participación genuina de todos los ciudadanos en las decisiones que afectan al conjunto, es decir la posibilidad de que sus juicios morales y prudenciales sean considerados en los actos de gobierno, es lo que Dahl somete a consideración cuando nos induce a pensar en las posibilidades de la Igualdad Política en el mundo contemporáneo. Por supuesto dicha participación en la cosa pública debe estar garantizada por instituciones políticas verdaderamente democráticas.

El modelo ideal democrático (ideal en un doble sentido: como fin a alcanzar y como medida con la cual poder contrastar la realidad empírica) reuniría, para Dahl, las siguientes características de participación efectiva, igualdad en la votación, adquisición de conocimiento que ofrezca oportunidades iguales y efectivas para aprender sobre políticas alternativas relevantes y sus consecuencias probables, control final de los temas que integrarán la agenda pública, inclusión y derechos fundamentales sostenidos en el derecho a participar.

Evidentemente, si pensamos en una sociedad democrática que reúna todos estos requisitos de forma acabada, una democracia directa al estilo de las polis griegas de la Antigüedad es el modelo que inmediatamente se nos hace presente. Nuestras democracias representativas conllevan varias características que atentan contra este ideal esquema igualitario. Sin embargo, a lo largo de los siglos XIX y XX fueron creadas diversas instituciones, que aún cuando no fueran promovidas por un impulso democrático, devinieron necesarias para alcanzar un nivel de democracia satisfactorio en unidades políticas a escala nacional. A modo de síntesis, cabe mencionar la elección de los representantes, el establecimiento de elecciones libres, justas y frecuentes, el derecho a la libertad de expresión, el acceso a diversas fuentes de información alternativas, el derecho a la autonomía de

asociación, la inclusión de todos los miembros del demos; elementos que condensan en el ya clásico concepto de *poliarquía* de este mismo autor.

El modelo ideal democrático que nos propone el autor, al ser contrastado con las experiencias concretas de los países que se pueden considerar democráticos, tales como Estados Unidos, Noruega, Francia y Suiza¹, nos indica que entre ser y deber ser hay un hiato bastante amplio.

Habida cuenta de esto, ¿podríamos continuar considerando valioso aspirar a este ideal o deberíamos simplemente abandonarlo? Pese a que existen en nuestras sociedades poderosas fuerzas que tienden al desarrollo de las desigualdades, fuerzas que llevaron en Estados Unidos durante mucho tiempo a la segregación racial, y en casi todo el mundo, al desplazamiento de la mujer al ámbito de lo privado, el autor insiste en que en los últimos doscientos años la humanidad avanzó hacia una igualdad sustantiva que llevó a que 6 de cada 10 habitantes del globo habiten en países considerados plenamente democráticos. ¿Cómo sucedió ese movimiento?. El autor nos ofrece un modelo esquemático sobre cómo se obtuvieron dichas ganancias, el cual podríamos resumir del siguiente modo: *en primer lugar* los miembros de las elites apoyan y hacen que se respeten las doctrinas que justifican su superioridad; *en segundo lugar* surge entre los grupos subordinados la duda respecto de si esa superioridad realmente está justificada; *en tercer lugar*, el rechazo a la ideología de la elite ofrece a los grupos subordinados oportunidad para expresar sus quejas; *en cuarto lugar*, ese sentimiento de insatisfacción conduce a que los grupos subordinados comiencen a insistir en el cambio por cualquier medio posible; *en quinto lugar*, algunos miembros del grupo dominante eligen apoyar las demandas de los estratos subordinados y se convierten en sus aliados; y, *finalmente*, se culmina en un cambio por el cual los estratos anteriormente subordinados obtienen ganancias importantes de poder, influencia, posición social, educación, ingreso y otras ventajas.

Estos procesos que, en algunos casos más en otros menos, han reflejado la secuencia histórica de las luchas por mayor igualdad política, encuentran su fuerza motriz en una de las cuestiones que atraviesa a la Filosofía Política durante toda su trayectoria intelectual: las pasiones. Dahl cuestiona la premisa kantiana de que sólo la razón puede impelernos hacia la acción moral; y aunque considera que la Teoría de la Justicia de John Rawls, al pensar en una razón que se apoya en la capacidad para el juicio moral que deriva de la experiencia, le otorga un argumento más poderoso para la igualdad política, se inclina por otorgarle en su explicación un peso más importante a las emociones como el altruismo, la compasión, la empatía, la simpatía, etc.

Con relación a esto último, nuestro autor sostiene que los seres humanos están naturalmente dotados de sensibilidad hacia la distribución desigual de las recompensas a otros a quienes ven que se pueden comparar con ellos mismos, lo que él llamaría *aversión a la desigualdad*. En otras palabras, existiría en los seres humanos una tendencia natural a despreciar la distribución desigual de bienes, lo que comúnmente llamaríamos envidia. Este sentimiento estaría proseguido por una acción, la cual puede ser pacífica o violenta, individual o colectiva, que propendería a una distribución más justa.

Por otra parte, lo que impulsaría a actuar a los seres humanos no sólo se encuentra determinado por intereses egoístas y personales. Los seres humanos también somos capaces de identificarnos con el dolor o el bienestar ajenos. La empatía, o lo que llamaríamos vulgarmente “ponernos en los zapatos de otro” es un sentimiento que responde a nuestro legado genético. El lenguaje, la razón, la intuición y los sentimientos, como la empatía, nos ayudan a aprender cómo cooperar con otros para construir instituciones y organizaciones, a trabajar dentro de sus límites y a alterarlos.

Es así que los seres humanos convierten en instituciones durables, prácticas fuertemente arraigadas en hábitos, conductas y creencias que pasan de generación en generación. De otro modo, las ganancias de la igualdad política resultarían efímeras, de no estar aseguradas en sistemas legales y administrativos que hagan cumplir las leyes.

Todo lo hasta aquí mencionado sugiere que la postura de Dahl respecto de lo que él considera la Igualdad Política implica un ideal que tenemos la obligación moral de alcanzar, aun cuando posiblemente siempre nos encontremos a una distancia considerable de este objetivo. Lo que motiva esta empresa política son emociones humanas muy poderosas que con la ayuda de la razón, para

¹ Es importante tener en cuenta que los países que Dahl considera como ejemplos son países que generalmente “rankean” entre los primeros lugares de “estabilidad de las instituciones democráticas” de los estudios de diversos organismos internacionales por lo cual si éstos se distancian del ideal que el autor propone, cabría suponer que los países como los del Cono Sur se encuentran en una posición más desventajosa en términos de alcanzar la “igualdad política”.

seleccionar los medios adecuados, pueden redundar en ganancias para la igualdad política. Lo que resta desentrañar del texto tiene que ver con un análisis de la situación mundial, pero sobre todo norteamericana, que nos permite ver en qué medida la búsqueda de la igualdad política es una práctica viable, es decir cuáles son los obstáculos objetivos con los cuales nos encontramos.

En primer lugar, Dahl reflexiona en torno a la distribución de recursos, habilidades e incentivos políticos. Éstos, siempre y dondequiera, se distribuyen de manera desigual. Se entiende por recurso político a cualquier medio que una persona puede utilizar para influir en la conducta de otras personas. Los únicos recursos que se distribuyen de igual forma son los derechos fundamentales democráticos, entre ellos el más obvio es el derecho al voto. Otros recursos pueden ser el dinero, la información, el tiempo, el conocimiento, la comida, la amenaza de fuerza, los trabajos, la posición social, etc.. El conocimiento es un recurso que se distribuye desigualmente y un elemento que coadyuva a la falta de participación. Las habilidades políticas también lo son y pueden ser utilizadas para conseguir fines colectivos o personales. Junto con las habilidades se encuentran los incentivos para ejercer influencia política los cuales también pueden ser individuales o colectivos.

Luego analiza el tiempo destinado por los ciudadanos a la actividad política. Mientras un número pequeño de personas dedica su tiempo a la búsqueda de influencia política, la gran mayoría de los ciudadanos no lo hace. El tiempo desigual que dedican diferentes ciudadanos conduce a una influencia desigual, la cual a su vez redundando en una desigualdad política entre los mismos. Por otro lado, si hablamos de unidades políticas a gran escala, la gran cantidad de ciudadanos hace que la mayoría de ellos no puedan participar directamente. Esto es lo que ha conducido a la adopción de *representantes*.

En tercer lugar, Dahl analiza el dilema del tamaño de las unidades políticas. Entre más pequeña sea una unidad democrática, mayor es el potencial para la participación ciudadana y menor la necesidad de que deleguen decisiones gubernamentales a representantes. En una unidad política de gran tamaño la complejidad de las políticas públicas conlleva también a un problema de conocimiento por parte de los representantes.

El cuarto elemento analizado es la presencia de una economía de mercado. Una economía de mercado capitalista *inevitablemente* genera una enorme desigualdad de los recursos entre los ciudadanos. Sin embargo, la descentralización de la economía de mercado capitalista resulta más compatible con la organización democrática, frente a las economías centralizadas muchas veces acompañadas por regímenes autoritarios. Y en esto parece no existir otra alternativa.

Otra cuestión clave es la necesidad de sistemas internacionales no democrático. Los sistemas internacionales resultan muy importantes para los ciudadanos de países democráticos; en este marco se toman decisiones que pueden conducir a resultados muy convenientes, por ejemplo en materia de Derechos Humanos. Además resulta evidente que allí se incluyen las jerarquías, las negociaciones entre élites y el sistema de precios. Lo que está ausente es el control democrático efectivo sobre quiénes toman las decisiones. También presenta otras serias dificultades como la ausencia de regulación o la diversidad países con grandes diferencias culturales, por ejemplo.

Por último, Dahl aborda el tópico de la crisis. Es probable que de vez en cuando todo sistema político enfrente crisis serias. En un país donde las instituciones democráticas no están establecidas de manera firme y la cultura política democrática es débil, se puede provocar un colapso y la regresión a la dictadura, como sucedió con países de Latinoamérica. En los casos de fuerte institucionalización democrática, una crisis puede provocar una inclinación de poder desde los representantes electos hasta el Ejecutivo, el primer ministro o presidente.

Frente a los obstáculos que Dahl señala al ideal igualitario, surge la necesaria pregunta sobre el destino del mismo. Puesto a que una crisis puede hacer retroceder los niveles de igualdad política, y toda Nación esta potencialmente sometida a las crisis, ninguna de ellas permanece ajena a esta posibilidad, ni siquiera una superpotencia como Estados Unidos. En este sentido, Dahl tiene una posición un tanto ambigua sobre el futuro desarrollo de las condiciones de igualdad política en Estados Unidos, por lo que va a proponer dos posibles alternativas, una de carácter negativa y otra positiva, que, vislumbra, serán las que transitará el pueblo norteamericano. En primer lugar, esboza las condiciones que implicarían una tendencia hacia una mayor desigualdad. Efectivamente se observa en la sociedad estadounidense un crecimiento estrepitoso de la desigualdad de ingresos y una disminución de la movilidad social que otrora caracterizaba al país. En lo que hace a la participación, hace referencia al conocido comportamiento apático de los norteamericanos frente a las cuestiones políticas, pues consideran demasiado altos los costos de invertir tiempo y esfuerzo para reducir las

desigualdades en los recursos políticos, precisamente porque consideran que los beneficios son bajos o inexistentes. La cultura del consumismo ejerce una influencia mayor en el pensamiento y la conducta de los estadounidenses que la cultura de la ciudadanía. Éstos no se han puesto de acuerdo sobre lo que constituye su “bien común” por lo que no se constituyen en sociedad política.

Por otro lado, la creciente importancia de los sistemas internacionales hará que Estados Unidos se involucre, asumiendo el sacrificio de la autonomía e incorporándose a tratados internacionales, organizaciones, alianzas, y otras asociaciones.

A esto debe agregarse que la cuestión del terrorismo hizo desaparecer la igualdad política de los ciudadanos, puesto que la debilidad del control ciudadano se hizo claramente manifiesta, sobre todo en la decisión de invadir Irak. Esto inclinó la balanza de fuerzas hacia el Ejecutivo y este dominio del poder del presidente se aproximó al de algunos regímenes abiertamente no democráticos.

Desde otra perspectiva, más optimista quizá, se puede pensar en una disminución de la desigualdad política. Pese a la desaparición del socialismo, las políticas que intentan reducir las injusticias del capitalismo de mercado no han desaparecido. Algunas de ellas son: la reforma a la campaña financiera que le pondría un límite a la capacidad de las corporaciones de financiar a los políticos, los créditos a la educación superior, la expansión de programas gubernamentales que incrementan los ingresos mínimos de los obreros así como aquellos destinados a aumentar su capacidad de ahorro, entre otros. ¿Cómo llevarlas a la práctica?

Paradójicamente la salida que ve Robert Dahl a un posible aumento de la desigualdad, derivaría del mismo estilo consumista que anteriormente criticaba. Sostiene Dahl: “...*La verdadera contradicción del capitalismo es ésta: su éxito al satisfacer el poderoso impulso humano hacia el siempre creciente consumo de la producción de la empresa capitalista contradice otro impulso todavía más poderoso. El impulso a buscar la felicidad...*” (110). Esta afirmación respaldaría la idea de que si bien el ingreso *per capita* de este país está muy por encima de la media del resto del mundo, los estudios sobre la “calidad de vida de los ciudadanos” que incluyen formas objetivas como las medidas de salud, empleo, vida familiar, etc, y otras subjetivas como la libertad, la igualdad de género, la seguridad política, etc.; lo ubican por debajo de otros países mucho menos favorecidos en la escala de ingresos. Esto supondría que muchas personas en Estados Unidos, buscando la felicidad que el consumismo no garantiza, encuentren que el compromiso político es más gratificante y así evolucionar de ávidos consumidores a ciudadanos activos.

Si bien Robert Dahl, en este caso tiene una mirada sesgada sobre la igualdad política básicamente remitida al caso norteamericano, esta obra abre un abanico de herramientas para su comprensión como elemento constitutivo de la democracia en sentido sustantivo. El análisis sobre los procesos de “ganancias” de igualdad política y sobre los obstáculos objetivos que se le presentan a las democracias modernas es un aporte original que deberá incluirse en los futuros debates que retomen esta cuestión. Por otra parte, este texto se ubica temporalmente en los prolegómenos de la mayor crisis financiera de Estados Unidos con una espectacular repercusión mundial y del ascenso al poder de Barack Obama, por lo que deberíamos seguir a Dahl para de seguro encontrarnos con nuevos elementos teóricos que iluminen un cambio tan significativo y sus implicancias para la igualdad política.

Palabras clave: igualdad - democracia - derechos

Keywords: equality - democracy -rights